

Regresos imposibles.

Experiencias de la inmediata posguerra de los ex-combatientes del Apostadero Naval Malvinas

Rodríguez, Andrea Belén
CEHEPyC/UNCOma-UNS-CONICET

Palabras claves: Posguerra de Malvinas, Experiencias, Apostadero Naval Malvinas.

El conflicto del Atlántico Sur fue la única contienda bélica internacional protagonizada por Argentina en el siglo XX. La guerra entre las tropas inglesas y argentinas por las islas Malvinas, Georgias y Sándwich del Sur fue breve: se extendió desde el 2 de abril al 14 de junio de 1982. Anclada en una reivindicación histórica nacional – cuyos orígenes se remontan a 1833, cuando Gran Bretaña tomó las islas por la fuerza en un acto ilegal –, la guerra fue iniciada por la dictadura militar más sangrienta de la historia argentina, que se encontraba en el poder desde el 24 de marzo de 1976. En un contexto de fuerte crisis del régimen, luego de 6 años de gobierno y de secuestrar, torturar y asesinar a miles de ciudadanos argentinos, la Junta Militar pretendió, por el mismo golpe de mano, recuperar las islas – un viejo anhelo de la sociedad argentina – al tiempo que recuperaba el apoyo popular.

Por esos 74 días, las islas pasaron a dominio argentino. Por esos 74 días, también, el régimen gozó de una popularidad inusitada: los más diversos sectores sociales y políticos hicieron público su respaldo a la guerra, y despidieron con fervor a los soldados que viajaban a las islas. Y si bien ello no implicó un automático apoyo a la dictadura militar ni – en ocasiones – dejar en segundo plano otras

reivindicaciones económicas y políticas (Guber, 2001: 25-63; Lorenz, 2006: 41-67), lo cierto es que las movilizaciones y acciones respaldando la guerra y/o colaborando con los soldados en las islas dieron cierto respiro a la dictadura en su fuerte deslegitimación social. A partir de mediados de junio, cuando la rendición argentina fue inapelable y las tremendas irregularidades e improvisaciones que atravesaron al conflicto se hicieron públicas, la Junta Militar debió hacer frente a los costos de la derrota en el marco de un profundo cuestionamiento social. En ese contexto, regresaron los alrededor de 13.000 combatientes argentinos que lucharon en las islas, en las trincheras, el aire y el mar.¹⁰⁰⁷

En el presente artículo, analizamos la inmediata posguerra de sólo un pequeño grupo de ellos que formaron parte del Apostadero Naval Malvinas, una unidad logística de la Armada Argentina.¹⁰⁰⁸ Abordamos el regreso de los oficiales, suboficiales y conscriptos que integraron esa unidad y su (des) encuentro con los civiles que habían permanecido en el continente, con sus allegados y con sus identidades prebélicas. En tal sentido, estudiamos cómo la vivencia límite de la guerra – por la convivencia constante con la muerte –, marcó radicalmente las vidas, identidades y cuerpos de estos ex-combatientes ¹⁰⁰⁹, quienes ya durante los primeros días del retorno percibieron que un regreso total de las islas sería imposible. Ello no sólo por las marcas del

¹⁰⁰⁷ Sobre los planes iniciales del desembarco en las islas, el desarrollo de la guerra y las improvisaciones de las FF.AA. argentinas, ver: CAERCAS (1983), Moro (1985), Lorenz (2009).

¹⁰⁰⁸ El Apostadero Naval Malvinas fue la primera unidad de la Armada creada durante la guerra con el objetivo de organizar las instalaciones portuarias de las islas. La misma estaba emplazada en la capital de Malvinas y llegó a estar conformada por 200 miembros aproximadamente. Entre ellos se encontraban: civiles y militares, profesionales y militares de carrera, en su mayoría de especialidades técnicas, básicas y de servicio; por tanto, se trataba de personal logístico, no combatiente. Sus integrantes se dedicaron a diversas tareas pero principalmente su función fue estibar la carga de los buques que llegaban a las islas y realizar guardias en el pueblo. Una treintena de ellos peleó en el frente de batalla en la península Camber. El 14 de junio la unidad dejó de existir, y a partir de ese momento sus ex-miembros pasaron a ser prisioneros de las tropas inglesas hasta el 20 de junio, día en que regresaron al continente. Ver: Rodríguez (2008)

¹⁰⁰⁹ Los términos “veterano de guerra” y “ex-combatiente” son propios de diversas memorias de Malvinas en distintas épocas históricas (Guber, 2004; Lorenz, 2006). Sin embargo, sus diferencias, que fueron y son relevantes para las dirigencias de las agrupaciones de ex-combatientes, no lo han sido para las bases, ni para el Estado y la opinión pública, que normalmente usan ambos términos como sinónimos. Como en su mayoría los miembros del Apostadero no establecen una diferenciación, aquí son utilizados indistintamente.

conflicto, sino también porque la sociedad y los sentidos que ésta le otorgaba a la guerra habían mutado radicalmente tras la derrota.

A diferencia de la historia militar tradicional que percibe a los combatientes como un colectivo uniforme y homogéneo (Hynes, 1999: 220), en este trabajo nos centramos en la diversidad de las vivencias de la inmediata posguerra de los civiles y militares que integraron el Apostadero Naval Malvinas, en sus subjetividades, emociones, proyectos, esperanzas, miedos y desilusiones desde una perspectiva micro, sin por ello perder la mirada de conjunto. Se trata de aportar a la historia sociocultural de la guerra y posguerra de Malvinas, perspectiva que aún hoy es una cuenta pendiente en Argentina – a diferencia de otros conflictos bélicos (González Calleja, 2008) –, ya que si bien existe cantidad de bibliografía testimonial o escrita desde los enfoques político-diplomático y militar, la experiencia de los sujetos en guerra continúa escasamente investigada; y más aún su posguerra.¹⁰¹⁰

Para ello, recabamos testimonios orales y escritos de los integrantes del Apostadero. Por un lado, realizamos 26 entrevistas semiestructuradas a conscriptos, cabos, suboficiales y oficiales miembros de la unidad, profesionales y militares de carrera, retirados, dados de baja y en actividad, de diversos sectores socioeconómicos y lugares de origen.¹⁰¹¹ Asimismo, analizamos los testimonios escritos de dos integrantes del Apostadero (Ni Coló, 2004; Herrscher, 2007). Por otro lado, con el objeto de contrastar y complementar estas memorias bélicas, utilizamos publicaciones periódicas, como diarios y revistas de amplia difusión, e informes oficiales de la guerra y posguerra.

Después de la derrota

Entre el 18 y 27 de junio de 1982 la mayoría de los ex-combatientes regresó al continente. Luego de la rendición, quienes habían luchado en las

¹⁰¹⁰ Desde esa perspectiva, al momento las principales investigaciones son las realizadas por Guber (2004) y Lorenz (2006-2012, 2009). Asimismo, mi tesis doctoral aborda la posguerra del grupo Apostadero Naval Malvinas, haciendo foco en las experiencias, identidades y memorias del colectivo (Rodríguez, 2014).

¹⁰¹¹ Todas ellas fueron realizadas por la autora en los años 2007-2012 en forma individual, excepto en dos casos que los encuentros fueron de a dos compañeros de la guerra y amigos en la actualidad. Además, uno de los testimonios es una charla que el ex-conscripto Oscar Luna dio en una escuela de provincia de Buenos Aires. Para una breve descripción de los entrevistados, ver la primera referencia de cada uno de ellos.

islas retornaban de la guerra con un sabor amargo por la derrota, con miles de interrogantes por el sentido de su sacrificio y de la muerte de sus compañeros y muchos desilusionados no sólo con el final de la guerra sino con la actuación de las propias FF.AA.¹⁰¹² Los integrantes del Apostadero Naval Malvinas no fueron la excepción. El entonces oficial y médico Guillermo Klein recuerda una situación cuando estaba ingresando en el buque inglés Norland para regresar al continente que condensa esa sensación de frustración:

Nos vinimos mal y teníamos ganas de volver. Yo me acuerdo hay un momento que me quedó grabado [...] cuando entramos al Norland, que yo te conté que iba con un pibe que hablaba inglés. Yo me acuerdo que le digo viste “Las Malvinas argentinas...” – viste que dice “...no las hemos de olvidar...” [en la Marcha de Malvinas] – “no volveremos nunca más” dije yo, como diciendo “vámonos de acá”¹⁰¹³.

El conscripto Eduardo Iáñez rememora su llegada a Capital Federal en avión, la impactante vista de la ciudad iluminada en contraste con el paisaje de las islas, y la sensación de inutilidad de la experiencia reciente: “Me acuerdo cuando veníamos entrando a Buenos Aires que dije “por esto sí vale la pena pelear”, veías las luces, veías todo, era un páramo.”¹⁰¹⁴

Estos cuestionamientos por el sentido de la propia experiencia y de la guerra en sí fueron frecuentes entre los protagonistas del conflicto, y también en amplios sectores sociales, que ni bien finalizó la guerra organizaron movilizaciones reclamando al régimen militar una explicación por la derrota.

¹⁰¹² Un informe de la Comisión Nacional de Ex-combatientes de julio de 1997 sobre la situación en que se encontraban los ex-soldados en la posguerra, señala las siguientes cifras bajo el subtítulo “Sensaciones al volver de Malvinas”: Alegría, alivio, felicidad por volver: 38%, Desilusión, frustración, defraudación, sensación de inutilidad: 40%, Angustia, dolor, descontento, mal, bajón: 34%, Odio, bronca, indignación: 29%. Archivo personal.

¹⁰¹³ Entrevista a Guillermo Klein, Bahía Blanca (Buenos Aires [B.A.]), 31/10/2007. Nació en Bahía Blanca en 1954 y en los ‘70 se recibió de médico. En la guerra, integró como oficial de sanidad el Puesto de Socorro del Apostadero. Ni bien regresó, pidió la baja de la Armada. Actualmente, trabaja en el Hospital del V Cuerpo del Ejército como médico civil y en su consultorio privado.

¹⁰¹⁴ Entrevista a Eduardo Iáñez, Olivos (B.A.), 20/04/2010. Nació en B.A. en 1962. En la guerra, participó como conscripto en la radio que se constituyó en Puerto Argentino. Ni bien regresó del conflicto ingresó a una compañía estatal, lugar donde trabaja hasta el presente.

Lo cierto es que el país al que los combatientes volvían era radicalmente distinto de aquel que habían dejado cuando los convocaron para la guerra. El impacto de la derrota en Malvinas fue demoledor para el régimen militar en el poder. A la crisis social, económica y política que atravesaba el gobierno *de facto* antes del conflicto, ahora se sumaba el fracaso en el campo mismo de su *expertise*. Como indica Rosana Guber (2001: 119), la derrota bélica terminó siendo también una derrota política para la dictadura. Si Malvinas había sido el último recurso del régimen para recuperar la legitimidad perdida, después del cese del fuego el 14 de junio, la Junta Militar cayó en su propia trampa.

La renuncia forzada del presidente, el general Galtieri, la disolución de la Junta Militar por primera vez luego de 6 años de gobierno, la tardía y conflictiva designación del general Bignone como nuevo presidente, fueron los primeros costos de la derrota que el régimen debió enfrentar y son indicios de la extrema debilidad que atravesó al mismo los días siguientes a la rendición en el archipiélago¹⁰¹⁵.

Mientras a nivel político los hechos se sucedían rápidamente, diversos sectores de la sociedad que hasta horas antes de la rendición habían confiado en las noticias impartidas por los medios de comunicación sobre las proezas y triunfos de las tropas argentinas, comenzaron a buscar explicaciones de la derrota.¹⁰¹⁶ El estupor fue generalizado y una sensación de estafa por una guerra que se suponía ganada se extendió en gran parte de la sociedad. Las noticias sobre las irregularidades e improvisaciones del accionar militar en las islas y las condiciones deplorables que habían estado los soldados en las trincheras, que comenzaron a publicar los medios de comunicación ni bien conocida la derrota alimentaron el desprestigio militar, e implicaron la resignificación del sentido dado a la guerra por parte de amplios sectores sociales. Lo que antes había sido percibido como una “guerra justa”, “guerra antiimperialista” y/o “gesta”, ahora se denominaba “guerra absurda” o “aventura militar”.¹⁰¹⁷ Pronto, las movilizaciones sociales

¹⁰¹⁵ Sobre la situación de las FF.AA. luego de la guerra, ver: Novaro y Palermo (2003) y Canelo (2008).

¹⁰¹⁶ Para un análisis de la forma en que los medios de comunicación abordaron la guerra, ver: Escudero (1996) y Saborido y Borelli (2011).

¹⁰¹⁷ Esta resignificación de la guerra está estrechamente vinculada a la repentina difusión en los medios de comunicación de los asesinatos que había cometido la dictadura militar en los ‘70 en forma clandestina y de sus consecuencias más terribles, los desaparecidos. Lo cierto es que

demandando la “verdad” de la guerra se multiplicaron en las grandes urbes, y la respuesta del régimen militar fue la misma que hacía años destinaba a los civiles: la represión (Clarín, 17/06/1982), y una explicación oficial plagada de eufemismos que hablaba de “gloria”, “héroes”, “coraje” y “sacrificio” – pero que no incluía los términos “derrota” ni “rendición” (La Nación, 16/06/1982) –, que no convencía a nadie; ni siquiera a las propias filas militares.

De todas formas, más allá de estos cuestionamientos sociales, quienes habían permanecido dos meses y medio en el archipiélago dando todo de sí, esperaban cierta recepción y reconocimiento no sólo por parte de las FF.AA. y del gobierno que los había enviado a combatir, sino también de la sociedad por la que habían luchado y sus compañeros dado la vida. Como todos los ex-combatientes, también los de Malvinas esperaban un reconocimiento a su participación, que les sirviera para reafirmar el sentido de lo vivido¹⁰¹⁸.

No obstante, en no pocos casos, las recepciones estuvieron lejos de ser las imaginadas, por lo menos aquellas públicas. Si, por un lado, las FF.AA. ocultaron el regreso de los combatientes a la sociedad al tiempo que les exigieron silencio sobre sus experiencias, con el objeto de evitar incrementar el desprestigio militar (Rodríguez, 2008, 2014), por el otro, la reacción de la sociedad civil no fue mucho mejor. Si bien es difícil generalizar, parecería que, para cuando los combatientes regresaron, casi una semana después de la rendición,

la memoria de la “aventura militar” que percibía al conflicto como un “manotazo de ahogado” de un régimen en crisis, permitía a la vez concentrar la responsabilidad de la derrota en las FF.AA., y exculpar a la sociedad civil por su masivo apoyo a la guerra en tanto ésta se autorrepresentaba como víctima de las manipulaciones y mentiras de la dictadura (Guber, 2001; Lorenz, 2006).

¹⁰¹⁸ Este anhelo estaba basado en el contrato fundante decimonónico entre el Estado nacional y los ciudadanos que se comprometían a defenderlo y a morir por él a cambio de un reconocimiento post-muerte (Mosse: 1990). En el caso de los combatientes de Malvinas, dicha aspiración se anclaba en la legitimidad y justicia de la causa de soberanía por la que habían luchado. Sin embargo, la narrativa patriótica sobre la que se basaba esa percepción de la causa Malvinas y del conflicto, y que le daba sentido a su “sacrificio” y la sangre de los “caídos”, entró en crisis después de la guerra, justamente porque las mismas FF.AA. que habían conducido a la derrota en las islas, en el pasado habían asesinado a miles de ciudadanos argentinos también en nombre de la Patria –nexos que comenzaron a develarse en toda su magnitud en los meses posteriores a la guerra (pero no necesariamente en estos días de junio de 1982, en los que primaba la confusión por la derrota y la denuncia de las condiciones en que habían estado los soldados en las islas). Esas son algunas variables que explican que un amplio reconocimiento simbólico y material de los combatientes por parte del Estado y la sociedad civil tardara por lo menos 20 años en llegar, cuando ese discurso comenzó a rehabilitarse paulatinamente.

amplios sectores sociales que vivían en las grandes ciudades alejadas de los teatros de operaciones de la guerra, estaban más pendientes de las idas y vueltas del régimen militar, de la tremenda crisis que se cernía sobre la dictadura y del campeonato mundial de fútbol, que de su regreso. El espacio que ocupó el retorno de los combatientes en los medios de comunicación es un claro indicio de ese clima de posguerra. En el caso de *Clarín* (un periódico de gran difusión nacional), sólo los días 21 y 27 de junio la noticia del regreso de los protagonistas de la guerra fue incluida en la tapa – siempre en el recuadro inferior –, junto a otras sobre las discrepancias en la elección del presidente, el gabinete armado por Bignone y sobre el campeonato local de fútbol.

De todas formas, el panorama es mucho más complejo. Lo cierto es que en esos mismos medios, se publicaron cantidad de cartas de ciudadanos argentinos pidiendo un homenaje a los combatientes y que las FF.AA. rindieran cuentas por la derrota. Sólo que, finalmente, esas demandas no se encarnaron en acciones concretas en la práctica. Si bien hay que tener presente que aún regía la dictadura y que su política de censura y de ocultamiento de los combatientes no contribuyó a su encuentro con la sociedad, también es cierto que la noticia de su regreso igual se filtró a la prensa, y de hecho en algunas ciudades del sur argentino que habían vivido intensamente el conflicto, como Puerto Madryn (Chubut), los ciudadanos rompieron las barreras militares para abrazar a los recién llegados. Nada similar sucedió en las grandes ciudades que no tenían vinculación con el teatro de operaciones bélico o con las FF.AA. (como Capital Federal, donde residían muchos de los integrantes del Apostadero)¹⁰¹⁹. En la inmediata posguerra, allí no hubieron grandes homenajes con amplia participación del público, sino, como veremos, existieron pequeños actos de reconocimiento por parte de instituciones que tenían algún

¹⁰¹⁹ Sobre los teatros de operaciones de la guerra, hay que tener presente que existieron tres (aunque sus jurisdicciones son confusas porque no están claras en la legislación): el Teatro de Operaciones Malvinas estuvo vigente desde el 2 de abril hasta el 7 de abril de 1982, y abarcó las islas del Atlántico Sur, y espacios marítimos y aéreos correspondientes (en un radio de 200 millas medidos desde el centro de cada isla). El Teatro de Operaciones del Atlántico Sur, vigente desde el 7 de abril hasta el 14 de junio de 1982, incluía la Plataforma Continental, islas Malvinas, Georgias, Sándwich del Sur y el espacio aéreo y submarino correspondiente. Esos dos teatros son los principales, puesto que son los que aparecen en la legislación. Además, en 1982 también se creó el Teatro de Operaciones Sur, que incluía las provincias del sur argentino (la Patagonia) a partir del paralelo 42, donde estuvieron movilizadas tropas que no fueron trasladadas a las islas.

tipo de vínculo afectivo con sus protagonistas. De hecho, cuando llegaron los combatientes, las personas que estaban esperando afuera de las unidades militares para que salieran, eran – en su gran mayoría – familiares y allegados de los protagonistas de la guerra, no público en general.

Los diferentes recorridos que los integrantes del Apostadero realizaron en Capital Federal o el Gran Buenos Aires hasta que llegaron a sus hogares y se reencontraron con sus familias fueron signos de cómo los recibiría aquella sociedad que los había aplaudido en la ida a las islas. Muchos de ellos regresaron a sus hogares en taxi. Las conversaciones con los taxistas fueron sus primeros contactos con los civiles que habían permanecido en el continente y que habían vivido la guerra de forma bien diferente y, a veces, distante. Al respecto, el ex-conscripto Alejandro Egudisman recuerda el viaje desde la sede naval hasta el barrio Saavedra, donde vivía:

Me quería ir a mi casa., entonces me saca el padre [de un compañero] y me deja en Retiro y me tomo un taxi, todo camuflado [...]. Me subo al taxi y el tipo me mira y me dice “¿vos de dónde venís?”, le digo “vengo de Malvinas” “¡ah!” “por favor, llevame rápido a mi casa, vivo en Saavedra”. Y me dice “uy, ¿y qué onda?”, el flaco – viste – bien tachero [taxista en vocabulario coloquial] me pareció que me preguntaba como por un partido de fútbol, “¿qué onda flaco?”, qué se yo. Llego a mi casa y me cobró el viaje, tuve que pedirle plata a mi viejo, tuve que pedirle plata a mi viejo. Y ahí decís: ¡Mierda! Estuve yo solo en la guerra porque los del Barrio Norte [un barrio de clase alta] seguían jugando al fútbol¹⁰²⁰.

La sensación de que la sociedad porteña no vivió la guerra o que la había vivido como una noticia más que difundían los medios de comunicación aparece recurrentemente en los testimonios, y fue en estos primeros contactos con aquellos que “no habían cruzado el charco” que salta a la vista. Luego de reencontrarse con su esposa e hijos, el entonces cabo enfermero Raúl Gramajo regresó a su hogar en su auto particular. En el camino, luego de un

¹⁰²⁰ Entrevista a Alejandro Egudisman, Ciudad Autónoma de Buenos Aires [CABA], 11/08/2010. Nació en Capital Federal en 1962. En 1982, era conscripto. Fue voluntario a la guerra y sus principales actividades fueron la estiba de los buques y el combate en Camber. En la posguerra, se ha dedicado a diversas actividades.

altercado de tránsito, el policía no tuvo ningún tipo de consideración por el estado de confusión en que se hallaba al regresar recientemente de la guerra:

Mi cuñado vivía acá cerca, en Sarmiento al 1300, y al frente mi señora tenía el auto ahí. Cuando íbamos a mi casa, [...] salimos de ahí, agarré no me acuerdo cuál era [la calle], Corrientes, fuimos allá, al Obelisco y del Obelisco doblo a la izquierda. Yo manejando. Un policía “eh eh”, “Uy discúlpame – le digo – vengo de un momento tan mal, estoy tan desubicado totalmente, vengo de la guerra, recién me acabo de bajar, estoy acá”. A la semana me llegó la boleta, con la multa todo, tuve que ir a pagar la multa.¹⁰²¹

Asimismo, el ex-conscripto Alejandro Diego que, como tantos otros de sus compañeros, retornó a su hogar en un vehículo naval, se encontró con una recepción social muy distinta de la que esperaba e imaginaba, en parte por la férrea censura que cubrió el regreso de los combatientes:

Alejandro: Me acuerdo de llegar a la [avenida] 9 de Julio de noche, todos... todos amargados. [...] Estamos volviendo, llegamos a la 9 de julio, una combi militar verde, y la gente nos miraba viste. Yo abro la ventana, yo acostumbrado a las películas de guerra que venía la gente con pañuelitos, nosotros ya habíamos perdido pero por lo menos... Me acuerdo que agarro y al tipo le digo “venimos de la guerra”

Andrea: ¿Pero sabían que volvían de Malvinas ustedes?

Alejandro: No, la gente no sabía. “Venimos de la guerra, díganos algo”. El tipo me mira así viste, nada. Siguió su camino. Y yo digo “la puta madre”¹⁰²².

¹⁰²¹ Entrevista a Raúl Gramajo, CABA, 25/06/2012. Nació en Capital Federal en 1952. En 1982, era cabo (técnico enfermero). En la guerra, asistió como personal de sanidad al buque Monsunen. En 2003, se retiró de la Armada, antes de terminar la carrera.

¹⁰²² Entrevista a Alejandro Diego, CABA, 26/11/2007. Nació en Capital Federal en 1962. En la guerra, participó como conscripto y fue lavadero del buque Bahía Buen Suceso. A mediados de los '80, se recibió de ingeniero e ingresó a una empresa multinacional, donde trabaja desde entonces.

Pero no en todos los casos fue así. Si bien el taxista que llevó al ex-soldado “Tano” Gulla a la casa de sus abuelos no le preguntó sobre la guerra, su silencio lejos de significar indiferencia era una muestra de respeto. Cuando llegaron al destino no sólo no le cobró el viaje sino que le agradeció su sacrificio por haber luchado.

Entonces me subo al taxi, tiro la bolsa así, me mira el chabón, iba todo camuflado, le digo “Belgrano 615”. Nada. Llega a la esquina. [...] Nada, mudo el tipo. [...]. Entonces estaba el semáforo y le digo “está bien, flaco, dejame acá, me voy caminando vivo a media cuadra. ¿Qué te debo?” “No, no, pibe, gracias” me dice, “No, gracias a vos” [le responde el “Tano”] “No, no, gracias a vos – me dice – gracias”. Me bajo, todos los coches tocándome bocina, claro, yo estaba todo camuflado. [...] Mi abuela viene corriendo por la vereda de la avenida Belgrano, a dos cuadras de acá, viene corriendo en camisón, eran las 2 de la mañana, 2 y pico de la mañana, yo tiro la bolsa equipo y la abrazo a mi abuela [...] y los coches tocando bocina, ¡no sabés lo que fue!¹⁰²³

En las experiencias de posguerra de los miembros del Apostadero se encuentran recepciones bien diversas, que, además de estar sujetas a situaciones individuales, muchas veces dependieron de la zona del país a la que retornaban. Así como en Capital Federal y otros grandes centros urbanos la guerra se vivió con un compromiso distante; en otras localidades del interior que eran sede de grandes establecimientos militares por ser regiones fronterizas o que estaban próximas a los teatros de operaciones bélicos, como las ciudades litorales de la Patagonia, las recepciones fueron más efusivas y públicas. Ello, también, marcado por su propia historia de vinculación con las FF.AA.:

Tanto la Patagonia como el Nordeste (Chaco, Misiones, Corrientes) son regiones de la Argentina donde la institución militar tiene una presencia mucho más fuerte y menos cuestionada que en otras partes del país: se

¹⁰²³ Entrevista a Antonio “Tano” Gulla, CABA, 26/06/6012. Nació en San Isidro (B.A.) en 1962. En la guerra, participó como conscripto y se dedicó a estibar la carga de los buques, participar en el minado de la bahía de Puerto Argentino y defender el Faro. Desde antes del conflicto, trabaja en una fábrica que diseña y produce objetos industriales.

trata de territorios nacionales que fueron las últimas incorporaciones al mapa, donde por ejemplo no era nada infrecuente que muchos jóvenes se escolarizaran durante su servicio militar obligatorio y miraran la carrera militar como una opción laboral. La vida de las guarniciones marcaba la vida de los pueblos o ciudades donde los regimientos estaban asentados, y establecían lazos familiares concretos entre los oficiales y suboficiales y sus familias (Lorenz, 2009: 63-64).

Por ejemplo, en Punta Alta, una pequeña localidad ubicada en la provincia de Buenos Aires en donde está emplazada la principal base naval del país – Base Naval Puerto Belgrano –, los regresos de los combatientes fueron vividos como una fiesta por sus vecinos. Ese fue el caso del oficial Hugo Peratta, cuyos allegados y vecinos le prepararon una cena para su regreso tan ansiado:

Y mi señora ya sabía que yo estaba ahí [en la Base Naval Puerto Belgrano], entonces fue con los chicos y un compañero mío en mi auto a buscarme. [...] Cuando llegué a mi casa, me estaban esperando todos mis compañeros, amigos, mis familiares, un despelote mi casa, eran las 12 de noche. [...] Creo que debería haber como 30 personas, desde la familia de mi mujer, estaban mis compañeros del barco, y mis compañeros de tierra, todos los vecinos, había 30 tipos, entonces habían comprado pizzas, vino, champagne... [...] Y estuvimos como hasta las 7 de la mañana ahí jodiendo, en algunos momentos jodíamos, en algunos momentos llorábamos¹⁰²⁴.

Sin embargo, las características de la recepción no sólo dependieron de la región del país a la que los ex-combatientes retornaban, sino también del tamaño de la localidad y, fundamentalmente, de las redes sociales en las que estaban inmersos el recién llegado y su familia. En aquellos pequeños poblados, en los que las sociabilidades estaban marcadas por la cercanía y el parentesco, el combatiente que regresaba se convertía rápidamente en “el” personaje de la localidad. Cuando volvió a Las Toscas, una pequeña ciudad

¹⁰²⁴ Entrevista a Hugo Peratta, Bahía Blanca (B.A.), 19/10/2007. Nació en Capital Federal en 1939. En 1982, era oficial (técnico electricista). En la guerra, su principal actividad fue organizar el puerto y combatir en Camber. En 1985 se retiró de la fuerza. En 2007, trabajaba en una empresa de seguros en Bahía Blanca.

de la provincia de Santa Fe en el interior del país, el joven cabo Abel Mejías recibió gran cantidad de muestras de afecto, e, inclusive, instituciones educativas locales organizaron sendos actos en su homenaje:

Aparte me reconocía más mi pueblo que sabía que estaba yo allá, que... después todo el mundo me iba a saludar, no sabían muy bien todavía la maniobra, cómo venían las cosas, como todo pueblo, sabían que el país estaba en guerra, estábamos en Malvinas, cuando yo llegué algunos sabían que “¡ah! Abel Mejías está, ¡ah! el nieto de fulano” viste pueblo chico “está allá en Malvinas, está en la guerra”. Viste para ellos era la guerra está allá. Cuando volví al pueblo, el recibimiento típico de un pueblo, saludarte, amigos, conocidos, todos, pero yo lo contaba como algo normal, es decir, no es que era... uno no toma conciencia en ese momento de la anécdota, la repercusión que tendrá después con los años.¹⁰²⁵

Tan temprano como en junio de 1982 las dos escuelas de la localidad organizaron ceremonias públicas, a las que incluso asistieron representantes del gobierno municipal:

En el hall del Instituto José M. Estrada y con el auspicio de la Biblioteca Popular homónima se organizó una demostración a un ex combatiente recientemente regresado del TOAS [Teatro de Operaciones del Atlántico Sur] con la activa participación del alumnado y profesores. (...)

De esta forma, el joven marinero Mejías Tomé, de 19 años de edad, se reintegró a la comunidad tosquense y se ofreció a brindar al alumnado del Instituto José M. Estrada un relato de las experiencias vividas durante el conflicto con el Reino Unido del que fue directo protagonista desde el mismo Puerto Argentino. Al término de su exposición, respondió a preguntas formuladas por alumnos y profesores del Instituto.

La presentación estuvo a cargo del Prof. Rufino del Fabro (...) quien tuvo fervorosas palabras para darle la bienvenida y agradecer al joven marino

¹⁰²⁵ Entrevista a Abel Mejías, Punta Alta (B.A.), 17/11/2007. Nació en Las Toscas (Santa Fe) en 1963. En la guerra, participó como cabo operando las lanchas de desembarco. En la posguerra, se recibió de analista de sistemas. Actualmente, aún está en actividad en la Armada, y además tiene un taller mecánico en su hogar.

Abel Benjamín Mejías Tomé, a quien le fuera entregado al término del acto, un presente recordativo en nombre de toda la comunidad tosquense. Por parte del gobierno comunal, asistieron el secretario habilitado, Federico Aldo Pezz y Aníbal Rafael de Nardo, secretario del Consejo Asesor Comunal (*El Pasquín del Pueblo*, Santa Fé, s/f).

Asimismo, el entonces cabo Ni Coló recuerda agradecido el recibimiento de sus vecinos de Saladillo, la ciudad de provincia de Buenos Aires que lo vio crecer:

A las cinco de la mañana estaba otra vez en las calles de mi amada ciudad de Saladillo. Por fin volvía a ver las calles que recorríamos todos los fines de semana en algún auto, muchas veces en un Fiat 1500, el mismo que me estaba esperando con la puerta abierta para llevarme a casa, mi amigo Osvaldo Debiasi; me estaba esperando. Cuando iba a subir al auto veo que se acerca corriendo otro amigo, Mario Angelani, que me brinda un afectuoso recibimiento.

El encuentro con mi madre no tuvo mucha algarabía, no hubo ninguna manifestación especial de parte de ninguno de los dos. Apenas nos dimos un beso. Estaba inmóvil, pálida y no pronunciaba ni una sola palabra. Al rato me preguntó si había matado a alguien; le respondí que no, pero igual insistió varias veces con esa pregunta. Luego me senté en la cama de mis padres, que me dijeron que era la primera noche en dos meses que habían podido dormir.

Recuerdo con profundo cariño la mañana siguiente cuando caminaba por las calles de Saladillo y mucha gente me saludaba y otros se detenían para hablar conmigo. En las casas de mis amigos todos me abrazaban y lloraban (Ni Coló, 2004: 65).

Aún en ciudades del Gran Buenos Aires algunos integrantes del Apostadero que hacía años que vivían en el mismo barrio o que eran más extrovertidos, recuerdan una gran recepción de los vecinos. Las redes sociales que habían construido ellos y sus familias a lo largo de los años explican esos afectuosos recibimientos, que fueron aislados en los grandes centros urbanos. Al respecto, el ex-conscripto y psicólogo Oscar Luna explica las particulari-

dades de su regreso a Carapachay en el Gran Buenos Aires:

[Sobre la posguerra, Osca señala:] Fue rara la cosa, porque hay dos dimensiones. Una, la dimensión de la decepción de la sociedad durante la derrota, la frustración. El pueblo argentino suele ser bastante exitista, y suele engancharse más con la difusión del éxito y esa fantasía, que todos conocemos de algún modo, a modo de rivalidad, de River- Boca [dos equipos de fútbol argentinos]: “Le ganamos, los sacamos de la cancha, los corrimos”. Entonces, cuando volvimos un poco lo que pasó, que estaba, ya estaba en desarrollo... Yo volví más o menos el 20 de junio [...], ya estaba en medio del desarrollo del campeonato de fútbol del 82, España, con lo cual la mitad de la población ya se había... Lo que hace la población, ¿no?, anestesiado también, evadido de eso [...] En mi caso particular, yo era de barrio, los barrios tienen otra características, [...] entonces la lógica de barrio es la lógica del vecino, de afecto, y entonces ahí me recibieron muy bien, yo era de Carapachay.¹⁰²⁶

Esas lógicas barriales son también los factores claves para comprender la gran bienvenida que los vecinos del Tigre – una ciudad del Gran Buenos Aires – le brindaron al entonces conscripto Eduardo Láñez. Los días posteriores al regreso, muchas de los hogares de los ex-combatientes se convirtieron en un “desfiladero” de vecinos, familiares, amigos, novias que iban a ver a los recién llegados y comenzaban a hacer preguntas:

Después al otro día fue todo el desfiladero, ¿no? Porque estabas en tu cama y venía la vecina, y te decían “¿Qué tal? ¿Cómo estás?”, [...] “Está todo bien” “Lo que sufrió tu madre”. Después te enterás, tu madre estuvo 70 días que estaba muerta, muerta literal, de sufrimiento de todo, y [...] mi viejo lo mismo [...]. En el club de barrio hicieron algo para darnos una medalla, a mí, éramos tres. El Club Defensores de San Fernando [...] hicieron un asado y nos dieron una medalla [...] por la participación en Malvinas,

¹⁰²⁶ Testimonio de Oscar Luna en la Escuela Normal N° 5, Barracas, CABA, 27/06/2012. Oscar nació en Vicente López (B.A.) en 1962. En la guerra participó como conscripto y su tarea fue estibar la carga de los buques y combatir en Camber. En la posguerra se recibió de licenciado en Psicología. En 2012, se dedicaba a su profesión trabajando en organismos públicos.

eso fue inmediato, o de hecho algún colegio nos ha invitado¹⁰²⁷.

Algunas entidades que tenían algún tipo de vínculo con los protagonistas de la guerra organizaron pequeñas ceremonias públicas en su homenaje los días siguientes al regreso, a las que asistieron sus vecinos. Así como Eduardo fue reconocido por el club de barrio, los ex-conscriptos Claudio Guida, Fernando González Llanos y Gabriel Asenjo fueron homenajeados por la escuela donde habían cursado los estudios secundarios, y Alejandro Egudisman por el Partido Socialista Popular donde militaba antes del conflicto.

En definitiva, la ausencia de amplios homenajes públicos cuando regresaron a las grandes ciudades, alimentó la percepción de los integrantes del Apostadero que habían estado solos en la guerra. Para quienes habían permanecido en las islas por más de dos meses y medio, la distancia entre el regreso anhelado y la realidad no podía ser mayor. Una sensación de desilusión, cuando no de bronca e indignación, permeó sus posguerras, lo que profundizó el distanciamiento de la sociedad civil, que ya había comenzado durante el conflicto.

Si todo combatiente que regresa de una guerra percibe con estupor y angustia que la vida cotidiana continuó en las ciudades mientras su vida cambiaba para siempre (Garton, 2000), en el caso del conflicto del Atlántico Sur es necesario tener presente otros factores para comprender esa perplejidad e indignación de quienes habían luchado ante la ajenidad de la sociedad. En principio, el distanciamiento de la sociedad civil durante la guerra se explica por las características geográficas del teatro de operaciones: un territorio insular y lejano de los mayores centros urbanos y de poder del país. Además, y vinculado a ello, hay que tener en cuenta las vivencias bélicas de los combatientes: las anécdotas sobre el contraste abismal entre las noticias que transmitía la radio sobre los combates – en parte debido a la censura – y su realidad en las islas, entre la vida placentera de quienes estaban en casa y la suya bajo los bombardeos enemigos son recurrentes en los testimonios. De hecho, su identificación colectiva como combatientes, y específicamente como integrantes del Apostadero, se forjó en la guerra, en parte, en relación/oposición con los civiles – y también militares – que habían permanecido en

¹⁰²⁷ Entrevista a Eduardo Iáñez, Olivos (B.A.), 20/04/2010.

el continente. Ellos eran los “otros”.

Pronto, una sensación de extrañamiento hacia la sociedad se extendió en gran parte de los ex-combatientes en la posguerra. Y, en muchos casos, ese extrañamiento – o imposibilidad de reconocimiento – se convirtió en bronca y resentimiento hacia el “pueblo argentino”¹⁰²⁸ que, desde su perspectiva, no sólo no se había comprometido lo suficiente con la guerra – cuando en un principio la había apoyado masivamente –, sino que ahora que regresaban ni siquiera los reconocía y contenía. Ni siquiera le daba un sentido a su sacrificio y a la muerte de sus compañeros. La sensación de incompreensión de una sociedad que a sus ojos parecía esquizofrénica, si no hipócrita – porque había mutado radicalmente de un entusiasmo desmedido inicial durante la “recuperación”, en la que había depositado las esperanzas de regeneración nacional, de nacimiento de una “Nueva Argentina” (Guber, 2001), a una normalidad indiferente a la derrota –, aparece con claridad en el testimonio sobre su regreso del ex-soldado Roberto Herrscher (2007: 97):

Me bajé del micro en Puente Saavedra. Caminé las quince cuadras hasta la casa mirando con infinita extrañeza a la gente. (...) En todas las guerras los que regresan recuerdan el estupor ante el hecho de que la vida en las ciudades haya seguido igual mientras ellos estaban bajo la metralla y sus amigos morían. Yo había dejado de entender a mi país cuando todos se volvieron locos el 2 de abril, y ahora no entendía por qué todo había vuelto a la normalidad.

Estas sensaciones marcaron un desencuentro en la inmediata posguerra con quienes habían permanecido en el continente, anclado en la imposibilidad de reconocerse, de identificarse con aquella sociedad a la que habían

¹⁰²⁸ El testimonio del oficial retirado Roberto Coccia es bien claro al respecto: “Así que, bueno llegamos, el triunfalismo como somos todos los argentinos, ustedes, no vos, pero ustedes, el pueblo argentino, que días antes, yo me enteré después cuando volví, que días antes había sido reprimido en la Plaza de Mayo, el 2 de abril lo aplaudieron a rabiar, yo no sé si aplaudían a Galtieri, yo creo que no aplaudían a Galtieri ni la Junta Militar, yo creo que aplaudían el hecho de haber... [...] retomado Malvinas, no es cierto” (Bahía Blanca, 04/08/2007). Roberto nació en Roca (Río Negro) en 1949, y se recibió de bioquímico en los ‘70. En la guerra, participó como oficial de sanidad integrando el Puesto de Socorro. En los ‘90, se retiró de la Armada. Actualmente, vive en Bahía Blanca y trabaja en un laboratorio bioquímico propio.

pertenecido antes de la guerra. Por ello, los ex-combatientes se sentían alienados. Sencillamente, no encontraban un lugar al que regresar.

Pero, no sólo la sociedad civil se había transformado, había mutado su actitud hacia la guerra; también ellos habían cambiado producto de la vivencia bélica. Y si bien en los primeros momentos del regreso, no pudieron comprender ni mucho menos explicar claramente esas sensaciones ni lo que les estaba pasando, sí comenzaron a percibirse distintos, a sentirse “otros” luego de la derrota.

El desencuentro, entonces, fue también con su ser y su identidad pre-bélica. La dificultad de vincular la vivencia bélica – el “allá” – y los tiempos de paz – el “acá” –, de encontrar alguna continuidad entre ambos tiempos/espacios, fue un indicio claro para muchos de ellos de que la guerra no sería un pasado fácil de dejar atrás. Esa sensación de no estar “aquí ni allá” es el factor que los marca como “otros”, y los distancia de los civiles y militares que permanecieron en el continente, a veces, ajenos al conflicto o con una belicosidad desenfrenada.

La imposibilidad de tender puentes entre la guerra y la vida cotidiana de paz fue evidente en estos primeros momentos del regreso. Volvían de una experiencia extrema y además derrotados, algo aturcidos y confundidos y con interrogantes difíciles de responder. Es por ello, que algunos necesitaron un tiempo para intentar reencontrarse a sí mismos antes que al resto; aunque ese reencuentro fue imposible:

Yo no quería, no podía llegar con el micro hasta la puerta de mi casa y tocar el timbre. ¿Ya está? ¿Terminó la guerra? ¿Volví y la vida sigue?.

Quería volver pero necesitaba caminar, respirar. Sentía de una forma que no podría explicar que no estaba preparado para soportar los abrazos (...). Me bajé del micro en Puente Saavedra. Caminé las quince cuadras hasta la casa mirando con infinita extrañeza a la gente (Herrscher, 2007: 97).

En el regreso, los ex-combatientes comenzaron a encontrarse súbitamente con los temores, angustias y ansiedades que habían intentado negarse u ocultar en el transcurso de la guerra. El entonces cabo Daniel Peralta recuerda el viaje de regreso en colectivo, y las emociones que inesperadamente lo embargaron:

En el regreso me acuerdo que me tocó viajar con una chica de Tres Arroyos... claro, la tensión nerviosa que uno tenía no la notaba [...] Cuando llegué, empezamos a hablar con esta piba, y me preguntó de dónde venía, y yo le empecé a contar. Ahí empecé a sentir el dolor desde la punta del pelo, hasta la punta de la uña, todo el cuerpo, inconscientemente me largué a llorar. Yo me acuerdo que ella me abrazó, me puso en su hombro, y me tenía abrazado parecía una criatura como lloraba, te lo juro, mirá, y nunca la encontré a la piba. [...] Cuando yo me desperté estaba solo, la chica ya no estaba más, me sirvió para consolarme esta chica sin saber quién era.¹⁰²⁹

Recién cuando llegó a su hogar con el que tantas veces había soñado mientras estaba en las islas, Daniel Blanco – cabo en 1982 – comprendió cabalmente lo cerca que había estado de la muerte: “11 y media de la noche yo llegué a mi casa, y ahí fue... nunca... fue lo más duro, porque vos decís nunca pensás volver, cuando a vos te paran frente a tu casa, es como decir... [Daniel se emociona] [...] Para colmo llego a mi casa y no había nadie [...] Yo me quedo ahí, viste, entro y me quedé solo, y al rato aparece mi vieja, después llamaron a mi novia.”¹⁰³⁰ Las marcas de la guerra, las emociones contenidas así como la imposibilidad de dar un sentido a su vivencia, aparecieron con fuerza en estos primeros momentos luego del regreso, y fueron una presencia constante y dolorosa en la posguerra de muchos protagonistas, como en el caso del cabo Ricardo Rodríguez:

Entonces llego y yo vivía a siete cuadras de ahí, de la Base [Naval Puerto Belgrano]. Era contramano, no podía entrar, digo: “Dejame acá en la esquina”. Y al frente había un almacén, eso me acuerdo. Llego, le digo [...] “¿Qué hacés Pepe? Hola Pepe” le digo, “¡Oh! Cacho ¿cómo estás? ¿Qué

¹⁰²⁹ Entrevista a Daniel Peralta, Punta Alta (B.A.), 11/11/2007. Nació en Rosario de la Frontera (provincia de Salta) en 1959. En la guerra, participó como cabo y sus actividades fueron estibar la carga de los buques, construir refugios y tripular el buque Penélope. En 2010, vivía en Punta Alta, aún estaba en actividad en la fuerza y además se dedicaba a trabajos de albañilería y plomería.

¹⁰³⁰ Entrevista a Daniel Blanco, Bahía Blanca (B.A.), 26/12/2007. Nació en Bahía Blanca en 1960. En 1982, era cabo. Se ofreció para ir voluntario a la guerra y operó las lanchas de desembarco. En 2010, aún estaba en actividad en la fuerza.

tal?” “Bien, dame una botella de vino” le digo. Me quería emborrachar. [...] Y llego a mi casa, ahí, este ... [ríe]. Golpeo la puerta. La sentí a mi señora que dice: “¿Quién es?”. No me salió decirle “Yo” y golpeaba, ¿viste?. “¿Quién es? – dice – No te voy a abrir si no se quién es”. Y me sale: “Papá” le digo. Y desesperada abre la puerta, estaban mis suegros ahí. Me fueron a recibir los tres, me tiraron al suelo, obvio que la botella de vino acá arriba, ¿no? Me tiraron al suelo, lloraban, ¡era alegría! Mi suegra me tocaba la cabecita. [...] Me pongo a tomar vino ahí, no sabía tomar, eh. Pero en ese momento es como que me quería... emborrachar, no sé. Y mi señora me dice: “bueno hasta, hasta acá, estamos llegando a la casa ahora”, ¿no? O sea, mi señora me dice, dice que le decía la..., porque ella supo que hubo una rendición. De ahí en más no supo más nada, inclusive unos días antes, no supo nada, si estaba bien, si estaba vivo, si viene, no viene, cómo, cuándo. [...] Y bueno y llegué el día ese, a las cuatro de la tarde más o menos. Empecé a comer, empecé a comer, empecé a comer, comer, comer, no sé, me habré comido unas 14 o 15 milanesas. Mientras me venía gente, vecinos, gente que sabía, gente del destino “escuchábamos por la radio así, que los de Malvinas estaban, que llegaron, todo”. La verdad que muy lindo. Entre eso se hizo las cuatro de la mañana y yo estaba... allá. Y por ahí sentía un ruido, viste, estaba y así. Y bueno no... se fue... bueno obvio, ¿no? Teníamos que dormir, yo no quería dormir, quería dormir en el suelo, no me quería bañar tampoco. O sea estar atento...¹⁰³¹

La noche del regreso los integrantes del Apostadero se reencontraron con sus seres queridos y con las guerras que ellos habían vivido, repletas de desesperación, ansiedad e incertidumbre. Cuando vio a sus padres, el conscripto Marcelo Padula se sorprendió porque “a los dos los vi viejísimos, muy viejos los vi para la edad que tenían.”¹⁰³² También, el ex-soldado Alejandro Diego rememora:

¹⁰³¹ Entrevista a Ricardo Rodríguez, CABA, 27/11/2007. Nació en Vicente López (B.A.) en 1951. En la guerra, era cabo y se desempeñó como traductor y enlace en la estación de servicio. En 2001 se retiró de la Armada, pero siguió trabajando hasta tiempos recientes en el laboratorio de Idiomas de la fuerza.

¹⁰³² Entrevista a Marcelo Padula, CABA, 19/04/2010. Nació en Capital Federal en 1961. En 1982, era conscripto. Fue a la guerra como voluntario, e integró el destacamento de seguridad que fue enviado al buque Río Carcarañá. Actualmente, se desempeña como auxiliar en una institución educativa.

Entro a mi casa por la puerta de servicio, por la escalera, toco el timbre, y mi vieja me ve por la mirilla, abre la puerta, y en vez de abrazarme, se va para atrás, y se queda así, y no lo podía creer, aparte yo vestido de guerra, fuerte. [...] Y... se tira para atrás, y yo no sé por qué, no la abracé ni nada, claro, yo estaba bien, yo sabía que estaba vivo. Y enfilo por la cocina, y en un momento hay un pasillo largo y se ve el living, y estaba mi viejo sentado, mirando el diario, leyendo el diario, pero así encorvado, y con la pesadumbre de que para vos tu hijo no vuelve, viste, le vi eso, yo pude ver lo que sufrieron ellos. Voy caminando así, le digo “Papi” y me mira, y... se va para atrás, me abraza, y “volviste”, qué se yo. Y ahí bueno todos abrazándonos, y estaba vivo¹⁰³³.

Asimismo, Gabriel Asenjo recuerda las primeras palabras que le dijo su madre ni bien lo vio, luego de meses de una angustia insondable:

Llegué ese día, entré y puse la llave. Mi mamá lo primero que dijo fue “no quiero escuchar nada, no me cuentes nada, no me cuentes nada”, “bueno – le digo –, poné la pava”, qué se yo. Yo venía, en esa época fumaba, venía con mis cigarrillos, los saqué en la mesa, y me puse a fumar, y lo único que quería era escuchar un tema musical que me había girado en la cabeza durante toda la guerra, y fui y lo puse, era un tema de Serú Giran “Desarma y sangra” [...]. Eso fue lo único que hice emotivo¹⁰³⁴.

Para colmo, en aquellas ciudades pequeñas como Punta Alta, en las que residía gran cantidad de militares, los rumores sobre el estado de salud de los combatientes se multiplicaban y difundían rápidamente. La familia de la novia del cabo Ramón Romero lo esperaba con mucha angustia porque un marinero que lo había visto en las islas le dio a entender que no se encontraba en buenas condiciones:

La familia de ella [su novia] no sabía nada [...]. Encima se encuentra con uno, que yo siempre, no me crucé nunca más con él, pero era, el día de

¹⁰³³ Entrevista a Alejandro Diego, CABA, 26/11/2007.

¹⁰³⁴ Entrevista a Gabriel Asenjo, CABA, 23/06/2010. Nació en Hurlingham (B.A.) en 1961. En la guerra, participó como conscripto, fue mozo en el buque Bahía Buen Suceso y combatió en Camber. Actualmente, vive en CABA y se dedica a arreglar y mantener locomotoras a vapor.

hoy, para re-putearlo.[...] Era un civil que estaba en un buque, [...] uno de los buques que fue a llevar mercadería, y vivía a dos cuadras de la casa de mi novia, y se cruza con la mamá de mi novia y le dice “Sí, estuve con Ramón allá. Pero vio, la forma en que estaba, yo no tendría esperanzas de que estén bien”. Y encima acá no tenían... sí, un tarado... [...] Los que vivían afuera [de la Base] los llevaban en un colectivo, así que yo me fui en el colectivo. Y más o menos 12 y media, a la una de la mañana, me dejan a tres cuadras de mi casa, y ellos ya estaban esperando viste, esta... cuando ven que vengo caminado, salen todos corriendo a recibirme. Me habían preparado comida, ¡había comida a rolete! [...] Así que no sabían cómo iba a estar, cómo me iban a encontrar. Así que ese día fue todo... ni habré dormido ese día¹⁰³⁵.

Los militares que tenían hijos pequeños recuerdan sus miradas extrañas ante un rostro que prácticamente no reconocían: “Y emocionante, te podés imaginar, después de tanto tiempo, llanterío, y es lógico, qué voy a hacer. Si me acuerdo que la nena que tenía meses, viste, no quería ni mirarme, viste, no sabía quién era yo.¹⁰³⁶”

En realidad, ese extrañamiento hacia quienes regresaban de la guerra fue vivido por muchos seres queridos, o, por lo menos, así lo sintieron los recién llegados. Los ahora ex-combatientes sentían que sus familiares los trataban como “otros”, con ciertos reparos o cuidados que demostraban que la marca de la guerra en sus vidas también era advertida por ellos. Y, de hecho, algunas situaciones vividas por los integrantes del Apostadero dan la pauta que sus seres queridos no lograban reconocerlos en su mirada, en su apariencia (como en el caso de Alejandro Diego, que volvió “vestido de guerra, fuerte”), en su historia bélica (por eso la madre de Guillermo Ni Coló le preguntó insistentemente si había matado a alguien y la de Gabriel Asenjo le pidió que no le contara nada), ni en sus actitudes, marcadas, ahora, por la experiencia extrema. Así como Ricardo Rodríguez quería tomar alcohol y dormir en el

¹⁰³⁵ Entrevista a Ramón Romero, Bahía Blanca (B.A.), 22/06/2007. Nació en Santa Fe en 1962. En la guerra, participó como cabo y sus principales actividades fueron estibar la carga de los buques, repartir el correo y trasladar aprestos logísticos. Pidió la baja de la Armada en 1984/1985. Actualmente, vive en Bahía Blanca y trabaja en el Polo Petroquímico.

¹⁰³⁶ Entrevista a Roberto Coccia, Bahía Blanca, 04/08/2007.

piso atrincherado, muchos ex-combatientes recuerdan situaciones similares en las que se alteraban ante un ruido fuerte que los remitía a la guerra o que comían desesperadamente.¹⁰³⁷ Otros también evocan las miradas de quienes los acompañaban hacia ellos ante esos comportamientos extraños. Por ejemplo, el ex-soldado Antonio Gulla recuerda una situación que vivió en la vía pública al día siguiente de regresar mientras estaba con su primo:

Al otro día que llegué, bueno no dormí, obvio, no sabía ni dónde carajo estaba, estaba acá pero no sabía dónde estaba. Me voy con mi primo para la casa de mi vieja [...], veníamos caminando por la plaza [...] y pasa un avión. Mi primo me miró y no entendía nada. ¿Qué hice? Veníamos los dos juntos así, agarro y lo tiro, me tiro y lo tiro, lo cubro. [...] Mi primo dice “Está loco este” “Claro, porque vos no pasaste toda la...”. Entonces pum, “Perdóname” le digo, “No, está bien primo”¹⁰³⁸.

Asimismo, el ex-conscripto Alejandro Egudisman recuerda la mirada de sus familiares y de algunos desconocidos ante su forma de comer ni bien retornó: “Al otro día, me fui a comer con mi hermana, y con mi viejo [...], fuimos a comer a un lugar. [...] Comía como desesperado, me acuerdo que me miraban, me contaba mi viejo que me miraba la moza.”¹⁰³⁹

Ante estos comportamientos extraños y situaciones inéditas, los seres queridos de varios ex-combatientes optaron por tratarlos con ciertos cuidados para ayudarlos a elaborar esa experiencia tan dolorosa y con el propósito de que “olvidaran” la guerra. Lo cierto es que ni bien retornaron, sus familiares no sabían bien qué hacer para ayudarlos en la elaboración de su vivencia, para que pudieran seguir adelante con sus vidas: ¿Era mejor hablar o no hacerlo? ¿Qué preguntar sobre la guerra? ¿Cómo hacerlo? Ante el temor de profundizar las secuelas de la experiencia traumática, muchos optaron directamente

¹⁰³⁷ Muchos combatientes regresan de la guerra con secuelas que se encarnan en el síndrome de estrés postraumático. Éste se manifiesta en pesadillas, violencia contenida, falta de interés o depresión, introversión o aislamiento, temor o sobresalto ante determinados ruidos que los remonta a la situación bélica, y en algunos casos puede llegar a trastornos severos de adicciones, alcoholismo, e incluso suicidios.

¹⁰³⁸ Entrevista a Antonio “Tano” Gulla, CABA, 26/06/2012.

¹⁰³⁹ Entrevista a Alejandro Egudisman, CABA, 11/08/2010.

por no preguntarles por la guerra o esconder todo tipo de elementos que pudiera remitirlos a su pasado bélico. Por ejemplo, Ricardo Rodríguez, que tuvo una posguerra con algunas complicaciones debido al síndrome de estrés post-traumático, señala: “Nadie me quería preguntar porque me veían que estaba mal.¹⁰⁴⁰” Asimismo, el ex-soldado Eduardo Iáñez evoca la siguiente situación que se produjo en su hogar ni bien regresó:

Una vez llego a casa [...] y había una revista Gente que sería bueno conseguirla, que había una foto donde yo estuve exactamente durmiendo prisionero [...]. Le dije a mi vieja “Mirá, mamá, acá estuve yo”, nunca más estuvo. [...] Esa revista no apareció nunca más [...]. Claro, todo el mundo te preservaba, y no se hablaba por preservarte, el entorno no hablaba, o era “¿cómo la pasaste?” y hasta ahí.¹⁰⁴¹

En fin, si los ex-combatientes habían regresado distintos de la guerra y así se sentían, el primer contacto con sus seres queridos, con sus familiares y amigos, no hizo más que confirmar su sensación de ser “otros”. El encuentro con sus allegados y, en general, con la sociedad civil, fue en realidad un desencuentro no sólo con esos “otros”, sino también consigo mismos. El regreso se reveló imposible porque no tenían lugar al que retornar – la sociedad era “otra”, había mutado desde la derrota –, pero, fundamentalmente, porque ellos ya no eran los mismos: vivían entre la guerra y la paz.

Reflexiones finales

Las guerras son experiencias extremas que marcan las vidas, identidades y memorias de los combatientes. El vivir en una condición liminal, en la que se borran las fronteras normales de tiempos de paz (entre la vida y la muerte, el hombre y el animal, el hombre y la máquina) y el tener que tomar diariamente decisiones vinculadas al matar o morir, explica que la guerra sea vivida como una “discontinuidad” por los combatientes, como una experiencia límite y extraordinaria (Leed, 2009: 2). Luego, cuando el conflicto termina, los veteranos enfrentan, en mayor o menor medida, dificultades para regresar

¹⁰⁴⁰ Entrevista a Ricardo Rodríguez, CABA, 27/11/2007.

¹⁰⁴¹ Entrevista a Eduardo Iáñez, Olivos, 20/04/2010.

a su antigua cotidianeidad, y, para (re)establecer puentes entre los tiempos de paz y de guerra. Como indica Hynes (1999: 218), esos regresos finalmente resultan imposibles: “La guerra aniquila el pasado de los hombres jóvenes, los cambia tan profundamente de jóvenes a soldados que un regreso a la vida pasada es imposible; y luego, al final, los arroja al extraño nuevo desorden que son los tiempos de paz, para construir nuevas vidas.”

El caso del conflicto del Atlántico Sur no fue una excepción al respecto. Quienes habían luchado en las islas vivieron la posguerra con marcas difíciles de elaborar y superar, percibiéndose a sí mismos como “otros” luego de la guerra. Incluso, para alrededor de 400 ex-combatientes, la presencia de la vivencia bélica luego del conflicto fue tan extrema e imposible de superar que terminaron quitándose la vida.¹⁰⁴²

Sin embargo, generalizaciones sobre lo extrema de la vivencia bélica en sí misma explica muy poco del extrañamiento de los ex-combatientes y los civiles – y también militares (aunque no fue el objeto de nuestro estudio) – que permanecieron en el continente, que fue el otro lado de la moneda de la imposibilidad del regreso. Si, en la inmediata posguerra (aunque mucho después también), los integrantes del Apostadero Naval Malvinas percibieron que el retorno de la guerra iba a ser muy difícil, ello no sólo se debió a las secuelas propias de toda experiencia bélica, sino también a su particular (des) encuentro con aquellos que no habían combatido. Los diferentes sentidos dados al conflicto por quienes habían luchado en las islas (que pretendían un reconocimiento de “su” guerra y del sacrificio de los caídos), los civiles que permanecieron el continente – que de un exitismo desmedido pasaron a la percepción de la guerra como un sinsentido, una “aventura miliar”, que abría la puerta al olvido –, y los militares – quienes intentaron esconder la derrota bajo un manto de silencio –, explican que los ex-combatientes no encontraran un lugar al que retornar. Sencillamente, no podían regresar de la guerra porque percibían que luego de la derrota la sociedad era otra, y ellos también.

La sensación de alienación y de incomodidad en la posguerra fue vivida no sólo por los integrantes del Apostadero Naval Malvinas – un caso de estudio que nos abrió una puerta a la inmediata posguerra de los veteranos del

¹⁰⁴² *Diario La Nación*, 28/02/2006. La falta de políticas públicas para contener y asistir a los ex-combatientes durante gran parte de la posguerra también es una variable que hay que tener presente para explicar la cantidad de suicidios.

conflicto del Atlántico Sur en general – sino por todos los que habían peleado en las islas.¹⁰⁴³ Para hacer frente a estas otras batallas que debieron luchar en la posguerra, los ex-combatientes se buscaron y conformaron asociaciones ya en los primeros meses luego de la rendición. De hecho, los integrantes del Apostadero se reencontraron tan temprano como en 1983, un año después de la guerra, y fundaron una reunión de camaradería que continúa en el presente. Las múltiples batallas que combatieron juntos en las islas y en el continente, explica la pervivencia de esos lazos afectivos fundados en aquella experiencia que los marcó de por vida hace más de 30 años, tan lejana y tan próxima al mismo tiempo.

¹⁰⁴³ Como me señalaron las Dras. Soledad Lastra y Marina Franco (a quienes agradezco sus comentarios inteligentes y sugerentes), cabría preguntarse si el extrañamiento y la sensación de ajenez, soledad y desencanto no fue en realidad un “rasgo de época” de los diversos regresos – del exilio, de la cárcel, de la guerra – a la sociedad argentina en la temprana Transición, ya que en los casos de los exiliados retornados al país (Lastra, 2013) y los ex presos políticos pueden encontrarse esas mismas sensaciones que indican la imposibilidad del regreso (Canelo y Guglielmucci, 2005). Creo que allí hay un nudo bien interesante para reflexionar: por un lado, ¿ese desencuentro se debió a la disolución de lazos sociales e identidades colectivas producidas por el terrorismo de Estado, y/o al cambio en la memoria de la historia reciente en la esfera pública, dominada por la “teoría de los dos demonios” y la consecuente descalificación de la violencia de cualquier tipo (lo que obturaba la comprensión de experiencias de luchas por la Patria, la revolución, etc.)? O, por otro lado, si nos situamos en el contexto de época: ¿por qué tendría que haber existido encuentro – o esperar que lo hubiese – en una sociedad que había estado atravesada por el conflicto y por antagonismos irreconciliables hasta tiempos recientes? Creo que allí está la particularidad de Malvinas, ya que a diferencia de los otros casos de sobrevivientes que estuvieron vinculados a la lucha revolucionaria o por lo menos a la militancia política – en abierta confrontación con otros actores nacionales –, la causa Malvinas – demanda de reintegración de las islas al patrimonio nacional – había sido apropiada por los más diversos sectores sociales y políticos – para denunciar su propia exclusión, marginalidad, etc. – a lo largo del siglo XX y en tal sentido había significado una posibilidad de encuentro para actores aún opuestos ideológicamente a lo largo de la historia (Guber, 2001). La reacción popular durante la guerra es una muestra más de ello. Es por eso que los combatientes esperaban un reconocimiento a su regreso; reconocimiento simbólico y material en el que se fundaba la posibilidad de encuentro con el “otro” que permaneció en continente. Sin embargo, el cuestionamiento social a las FF.AA. en la posguerra trajo aparejado una crisis del relato épico y patriótico sobre el que se basaba la percepción de la legitimidad del sacrificio realizado – en defensa de la “causa nacional”. Es decir, fue la imposibilidad de alzar a Malvinas nuevamente como una “causa nacional” la que inauguró el desencuentro entre combatientes y civiles, y contribuyó a que sus regresos fueran imposibles.

Bibliografía

- CAERCAS [Comisión de Análisis y Evaluación de Responsabilidades del Conflicto del Atlántico Sur] (1983), *Informe Rattenbach. Anexos y Declaraciones*, 1983, disponible en: <http://www.casarosada.gov.ar/component/content/article/108-gobierno-informa/25773-informe-rattenbach>
- Canelo, B. y Guglielmucci, A. (2005), “(Re)aparecer el democracia: silencios y pasados posibles”, en: *Anuario de Estudios en Antropología Social*, CAS-IDES, Buenos Aires.
- Canelo, P. (2008), *El proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone*. Buenos Aires: Prometeo.
- Comisión Nacional de Ex-combatientes (1997), *Informe Situación General de los Ex Combatientes de Malvinas*. Buenos Aires: Ministerio del Interior, julio. Archivo personal.
- Escudero, L. (1996), *Malvinas: el gran relato. Fuentes y rumores en la información de guerra*. Barcelona: Gedisa.
- Garton, S. (2000), “Longing for war: nostalgia and Australian returned soldiers after the First World War”. *The politics of war memory and commemoration*. Eds. T. G. Ashplant, Graham Dawson y Michael Roper. Londres y Nueva York: Routledge.
- González Calleja, E. (2008), “La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español”. **Revista Historia Social** 61: 69-87.
- Guber, R. (2001), *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*. Buenos Aires: FCE.
- Guber, R. (2004), *De chicos a veteranos. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Herrscher, R. (2007), *Los viajes del Penélope. La historia del barco más viejo de la guerra de Malvinas*. Buenos Aires: Tusquets.
- Hynes, S. (1999), “Personal narratives and commemoration”. *War and Remembrance in the Twentieth Century*. Eds. Jay Winter, J. y Emmanuel Sivan. Cambridge: University of Cambridge.
- Lastra, S. (2013), “¿Volver al hogar? La experiencia del retorno de los exiliados argentinos”, en: *Andamios. Revista de Investigación Social*, vol. 10, N° 21, enero-abril.

- Leed, E. (2009) [1979], *No Man's Land: Combat and Identity in World War I*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lorenz, F. (2006-2012), *Las Guerras por Malvinas*. Buenos Aires: Edhasa.
- Lorenz, F. (2009), *Malvinas. Una guerra argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Moro, R. (1985), *La guerra inaudita. Historia del conflicto del Atlántico Sur*. Buenos Aires: Pleamar.
- Mosse, G. (1990), *Fallen soldiers. Reshaping the memory of the World Wars*. Oxford: Oxford University Press.
- Ni Coló, G. (2004), *64 Días Muerto. Relatos de un veterano de guerra*. Buenos Aires: Dunken.
- Novaro, M. y Palermo, V. (2003), *La Dictadura Militar (1976-1983). Del golpe a la restauración democrática*. Buenos Aires: PAIDÓS.
- Rodríguez, A. B. (2008), *Guerreros sin trincheras. Experiencias y construcciones identitarias de los integrantes del Apostadero Naval Malvinas en el conflicto del Atlántico Sur. Tesina de Licenciatura*. Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur. Disponible en: http://argentinainvestiga.edu.ar/tercera_descrip.php?id=2
- Rodríguez, A. B. (2014), *Entre la guerra y la paz: la posguerra de los ex-combatientes del Apostadero Naval Malvinas. Experiencias, identidades, memorias*. Tesis doctoral. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Mimeo.
- Saborido, J. y Borelli, M. (2011), *Voces y silencios: la prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983)*. Buenos Aires: Eudeba.